

# LA BENEMÉRITA

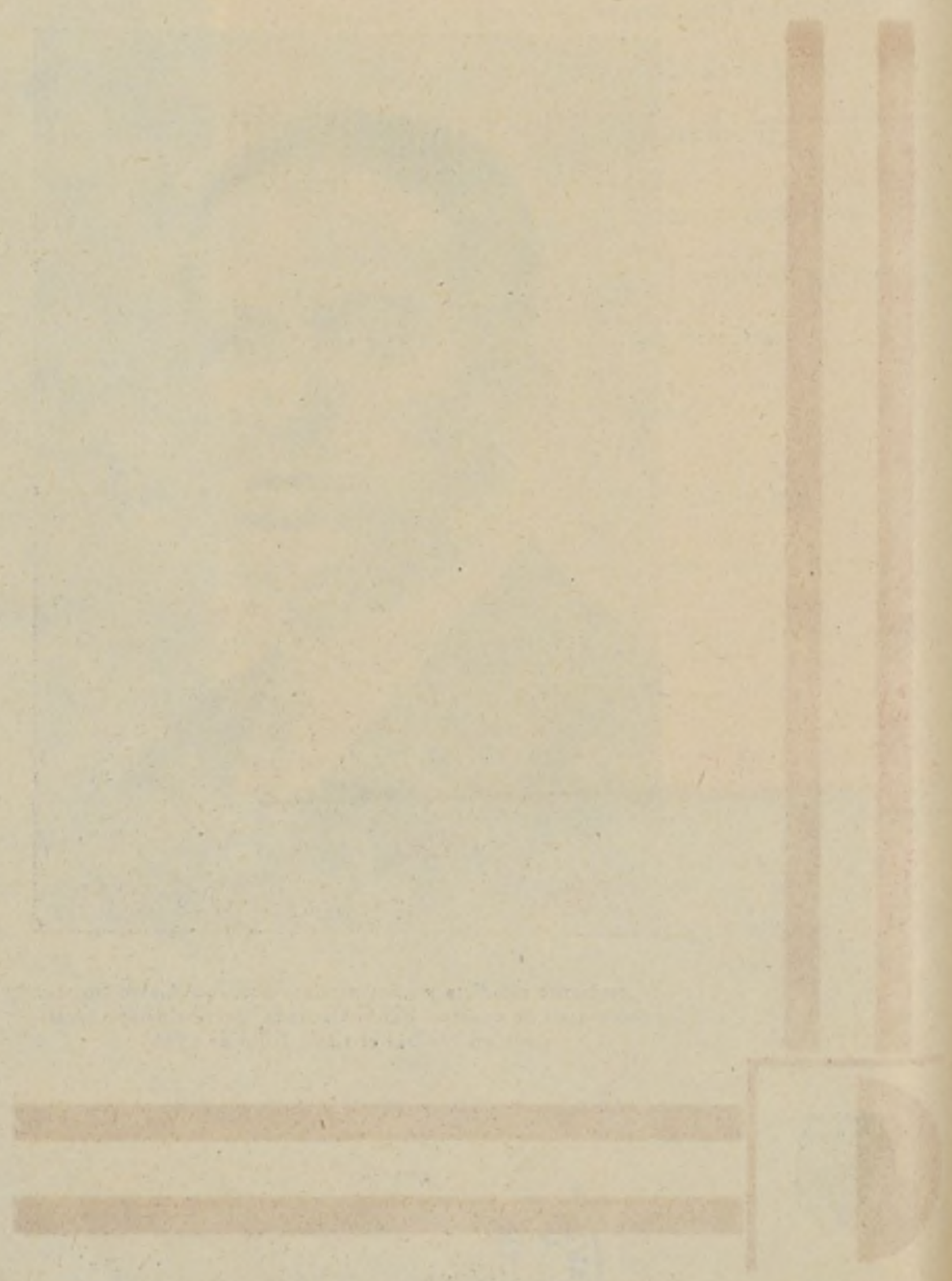


El eminente estadista y gran patriota don José Calvo Sotelo, protomártir de nuestra Santa Cruzada de liberación, asesinado en Madrid el 13 de Julio de 1936





LA BENEVOLA





# La Benemérita

Revista de Información profesional

Redacción y Admón.: Fernández de Isla, 11, 1.º - SANTANDER - Teléfono 22-32 - Apartado 106

SE PUBLICA QUINCENALMENTE

Precio de la suscripción TRES ptas. trimestre

Pago adelantado por Giro Postal

Gastos de Giro de cuenta del suscriptor

Año I

Segunda Epoca - 15 de Julio de 1938 - II Año Triunfal

Núm. 13

13 DE JULIO

DE 1936 - -

## El primer caído: D. JOSE CALVO SOTELO

El protomártir del Glorioso Movimiento salvador de España, fué DON JOSE CALVO SOTELO. Cupo al insigne estadista la gloria de ser la primera víctima de los centenares de millares de ellas que la sanguinaria fiera roja había de inmolar por confesar valientemente a Dios y a España.

Afortunadamente no ha sido estéril el sacrificio de nuestros mártires. Su sangre generosa fertilizó el secular tronco patrio agostado por la vesania marxista en un lustro de tiránico y criminal dominio y hoy, ese santo árbol, fecundado a diario por el esfuerzo cruento de los Ejércitos invencibles del Caudillo invicto, es, no ya una promesa, sino

una consoladora realidad cuyos frutos ópimos están culminando en la estructuración de una nueva España: Una, Grande, Libre, fuerte y poderosa, como aquella Imperial del Siglo de oro de nuestra historia patria.

Hoy, 13 de julio de 1938, segundo aniversario de la gloriosa inmola-ción de Calvo Sotelo, honramos la memoria imperecedera del gran patrio, primero de nuestros caídos, primero con una oración fervorosa, y luego con el siguiente relato de su sacrificio, que tomamos de un admirable reportaje del afamado escritor José Simón Valdivielso, publicado en el semanario «Domingo», correspondiente al 26 de junio próximo pasado:

### CONFESIONES DE UN LEGIONARIO

## Secuestro y muerte de Calvo Sotelo

Por José Simón Valdivielso

«Allá por los primeros días del mes de agosto del año 36 recibí una carta verdaderamente notable, por su forma y por su contenido. Sentí desde el primer momento el impulso de darla a la publicidad; pero puse freno a mi deseo ante el temor de

que pudiese ser una superchería. Pero he tenido ya bastantes pruebas de que no se trataba de un bur-lón que pretendía entretener sus ocios con el cultivo de la literatura epistolar, ni de un farsante con propósitos turbios. Y como, además, he



recibido ya sucesivos envíos de cuartillas de un interés apasionado—a mi juicio—, transcribo a continuación la carta y algunas de las cuartillas recibidas, con la esperanza de que a mis lectores les produzcan idéntica impresión que a mí me produjeron. La carta dice así:

«Sr. D. José Simón Valdivielso.

Mi distinguido amigo: Será inútil que después de leída la firma de esta carta repase usted su memoria tratando de identificarme. Porque yo no me llamo así: o mejor dicho, no me «llamaba» así. Pero con ese nombre acabo de alistarme en la Legión y así me llamo desde este momento en que se ha operado la maravillosa transmutación que me convierte en un hombre que empieza a vivir una existencia nueva y a hacerse una historia nueva, frente a cuya primera página en blanco se detiene un instante, deslumbrado, estremecido de esperanza y abrumado de responsabilidad. Para mí, «la vida comienza mañana», como escribió Guido da Varona; pero en este comenzar mío no hay una interrogante, sino una afirmación, que está en mi alma grabada a fuego de arrepentimiento, con caracteres indelebles.

Si fuera usted capaz de averiguar quién soy yo... ¡qué tremenda sorpresa se llevaría! Y cómo se resistiría a creer que aquel muchacho de familia distinguida que conoció usted en tierras extremeñas hubiese caído en la aberración marxista y hubiese sido un agitador peligroso, primero, y un feroz miliciano rojo más tarde. Y, sin embargo, ha sido así.

Afortunadamente, Dios se apiadó de mí y ha llamado de nuevo, con su llamada inapelable, a mi corazón. Y quiso, para descargo de mi conciencia y por si mis confesiones pueden tener alguna ejemplaridad, hacerlas públicas. Le enviaré a usted, por tanto, unas cuartillas en las que, sin arte, pero con sinceridad absoluta, le relataré mis andanzas en las milicias marxistas hasta el momento en que hallé el camino de la rectificación; y luego, las aventuras en que aún deba intervenir, peleando, al servicio de España, contra mis cómplices de ayer.

Usted hace de estas cuartillas más el uso que le parezca oportuno; las rompa, las guarde o las publique, que para usted fueron escritas y usted es el dueño de ellas. Y si Dios es servido de que conserve la vida hasta que el rescate total de España se consume, le buscaré, porque entonces me consideraré digno de estrechar su mano y le revelaré la auténtica personalidad de este que por hoy es

*Antonio Villada.*

Legionario de la 4.<sup>a</sup> Bandera».

\*\*\*

La carta transcrita tenía fecha del 6 de agosto de 1936 y llegó a mi poder días mas tarde, en Huelva, con matasellos de Sevilla. A mediados del mismo mes recibí las primeras cuartillas de Villada, que, con pequeñas correcciones de estilo, reproduzco a continuación:

**La extraña ruta que me llevó al marxismo.**

Parecerá increíble, y realmente la afirmación resulta casi blasfemato-



ria; pero lo cierto es que yo fui al marxismo por el camino del amor, empujado por el despecho. ¡Aquella mirada fría en aquellos ojos únicos! Latieron mis sienes con el circular tumultuario de la sangre a impulsos de la ira. Se clavaron mis dientes en los labios y se apoderó de mi cerebro, enfermo de deseo, una idea fija, absorbente, de la que no podía librarme: ¡humillarla! Por eso deserté de la clase social a que pertenecía: por eso, por un estímulo arbitrario y estúpido; por el deseo de vengarme de un desdén de mujer, me fui junto a los que predicaban la desaparición de las clases sociales, el exterminio de la aristocracia y de la burguesía, el amor libre... Es decir, yo, aristócrata pobre, sin pensar en nada más que en el logro fácil de lo que por otros cauces me parecía inaccesible, manché mi nombre, traicioné a mi Patria y me cubrí de oprobio en una labor cuyo sólo recuerdo tiñe de rubor mis mejillas. Pero de todo eso hablaré después. Quiero empezar mis confesiones relatando el primer hecho monstruoso de que fui espectador inmediato desde el comienzo de mi actuación en las milicias rojas de Madrid.

**El asesinato de don José Calvo Sotelo.**

—Mañana, a las doce de la mañana, vete a la cervecería de Correos, la de la calle de la Paz. Allí estará el camarada V. (Esa inicial corresponde al apellido de un diputado socialista que desempeñó cargo en la mesa presidencial del Congreso. No doy su nombre porque

quiero hacer de penitente que confiesa y no de miserable que delata). El te dará órdenes.

—Bueno—respondí.

Este diálogo lo sosteníamos a las once de la noche del día 12 de julio, en el bar de la Casa del Pueblo, en la calle Piamonte de Madrid. Mi colutor era un pseudo periodista italiano que tuvo una importante intervención en los sucesos de Cuatro Caminos en octubre del 34, y que ahora mandaba el grupo de milicias de choque en que yo estaba encuadrado.

—Parece que la hidra reaccionaria—el camarada jefe era, en realidad, un valiente hombre de acción; pero se expresaba de una manera afectada, pretenciosa y cursi, verdaderamente insoportable—amenaza en serio ahora, y lo mejor es cortarle la cabeza.

—Bueno—repetí yo, que embaldado en aquel descenso vertical de mi espíritu me sentía capaz de cortarle la cabeza a la «hidra reaccionaria» sin el menor escrúpulo.

—Pues ya sabes. A las doce de la mañana, en la cervecería de Correos. V. te conoce personalmente y está advertido de que irás tú a tomar la orden. ¡Salud!

A las doce de la mañana, con una puntualidad prusiana, estaba yo en la cervecería. La cervecería de Correos, a las doce de la mañana comenzaba ya a poblarse de público abigarrado—un público «municipal y espeso», según la gráfica definición de Rubén—, que poco más tarde la llenaba totalmente. Atravesé por entre un verdadero oleaje de gam-



bas y cañas de «dorada», esquivando ágilmente las sirtes peligrosas de los camareros cargados con sus grandes bandejas y dispuestos siempre al tropezón agresivo con el que se aventura a cruzarse en su camino sin antes adoptar toda clase de precauciones.

En una de las mesas del fondo estaba, efectivamente, el camarada V., rodeado de un grupo numeroso, en el que, con la excepción de un oficial de Asalto y un paisano, todas las caras me eran familiares, Carlitos Baraibar, ex alumno de Deusto, ex director de «Euzkadi», periódico separatista de Bilbao; ex redactor jefe de «Luz», periódico republicano de Madrid, ex director general de Trabajo con el ministerio Largo Cazallero, y a la sazón animador y no sé si gerente de «Claridad»; Jerónimo Bugada, el abogadillo de Tarancón, orador vertiginoso y trepador incomparable, que hizo en el socialismo una carrera política que es el pasmo de sus paisanos, que creían que era tonto; un sinvergüenza especialista en llevarse los gabanes de los cafés; procesado reiteradamente por estafa, y que encontró su «camino de Damasco» en el «Heraldo de Madrid», de cuyo director fué secretario particular primero y más tarde «informador político» del periódico; un hermano del camarada V., largo y lacio, un poco secretario de su hermano y un mucho aficionado a la manzanilla de barril de los colmados de la plaza de Santa Ana y de la calle de Echegaray; otro diputado socialista, Angelito Galarza, el «inventor» del

Cuerpo de Asalto, que se hizo famoso durante las Constituyentes, entre otras cosas, por la evangélica resignación con que «asimiló» las «tortas» que le propinara en un pasillo del Congreso su casi correligionario el federal Emilio Niembro, y cuatro o cinco camaradas de los de «acción», que constituían habitualmente una especie de guardia pretoriana para las preciadas personas de aquellos firmes pilares de la revolución española.

La conversación era general y acalorada. La viril reacción de los falangistas madrileños nos tenía soliviantados a todos y francamente preocupados a los cabecillas, que encontraban absurdo que en el campo de la violencia, que ellos creían haber acotado para nosotros, y sobre el que se atribuían un monopolio indiscutible, irrumpieron aquellos peligrosos competidores a disputarnos la hegenonía a tiro limpio.

—Yo sé cómo se terminaba eso en un instante—aseguró con su voz engolada Galarza y Gago.

—Y yo también. Además, la fórmula tuya no es un secreto—intervino Díaz Alejo, el informador político «busquetiano»—. Ya la insinuaste cuando dijiste al fascista de Calvo en el Congreso que moriría con los zapatos puestos.

—Hace tiempo que lo vengo repitiendo; pero están empeñados en andar con paños calientes, y así van las cosas.

—Hombre—dijo el conciliador Baraibar—, es que eso tuyo era una barbaridad.

—¡Una barbaridad! Pues a ver si



entre el genio literario de Araquistain y el tuyo habéis encontrado algo mejor.

—Fíjate bien que he dicho «era». Pero, además, aunque hubiese dejado de serlo, aunque se decidieran a tomar en consideración tu fórmula ¿quién es el guapo que le pone el cascabel al gato?

Entonces, el paisano desconocido, que hasta aquel momento no había despegado sus labios, decidió conciso:

—No faltaría quién...

Aquí se hizo una pausa embarazosa, y a poco «los caracterizados» emprendieron en un aparte misterioso una conversación de tonos vivos. Hasta mí, además de la elocuencia de los gestos y ademanes, llegaban algunas frases sueltas. Pero de todas ellas la que me impresionó, produciéndome un escalofrío, fué una con la que el camarada V. puso fin al conciliábulo. No la olvidaré nunca. Fué esta:

«—Casares lo ha resuelto así. Dice que, muerto el perro, se acabó la rabia».

El camarada V. se levantó, pagó generosamente todas las consumiciones y separándose del grupo se me aproximó y me dió en tono perentorio esta orden:

—A las doce de la noche de hoy todas las escuadras de choque, con armas, deben dirigirse a la calle de Velázquez, por las de Villanueva Conde de Aranda y Goya. La suya permanecerá en la esquina de la calle de Alcalá ¡Salud!

Fueron saliendo todos los contertulios. Cerraban la marcha el cama-

rada V., el teniente de Asalto y aquel paisano hermético que rompió su mutismo para afirmar: «¡No faltará quién!»

### La calma, turbada.

Transcurrían las horas en una inactividad desesperante. Para no llamar demasiado la atención, nos habíamos distribuido los de la escuadra en parejas o grupos de tres hombres, que disimulaban la esperando cortos paseos y sosteniendo diálogos forzados unos por la simulación y auténticos los otros.

De las frondas del Retiro, vecinas a nuestro puesto, venía el aire embalsamado a refrescar las frentes cargadas de malos pensamientos.

Yo paseaba con el italiano Da Rosa, jefe de la escuadra, escuchando distraído su charla insubstancial, plagada de reóforos y de cascote oratorio adquirido en los derribos mitinescos, a los que era un aficionado recalcitrante. Arrullado por el «rum-rum» de aquel monótono discurrir del camarada jefe, mi imaginación volaba libre y se mecía en un suave vaivén de recuerdos felices... «En una noche así, con un ambiente así, pero perfumado con «su» perfume, bailé con «ella» en el jardín de su casa. Aquella noche yo estuve afortunado de expresión y la hice suspirar...»

Calle de Alcalá arriba subía a toda velocidad una camioneta. Paró en la esquina. Iba en ella una sección de guardías de Asalto, al mando del teniente que por la mañana ví en la cervecería. Descendieron del baquet él y aquel paisano de



«no faltará quién». Hablaron un momento con el jefe de la escuadra, y éste me dijo:

—Sube conmigo a la camioneta.

Avanzó el coche por la calle de Velázquez, y paramos frente al domicilio de don José Calvo Sotelo. El paisano, el teniente, el jefe de mi escuadra y yo, previa una breve explicación a la pareja de guardia en el portal, echamos escaleras arriba. Durante esa explicación, el paisano misterioso exhibió ante los guardias un carnet, y dijo:

—Yo soy el capitán de la Guardia civil don Fernando Conde Romero.

Un instante después el timbre, rudamente pulsado por el capitán Conde, fué a turbar la calma de unos corazones en los que nunca, jamás, habrá ya calma.

Se oyó el ruido apagado de unos pasos femeninos. Unos pies descalzos llegaban con precipitación asustadiza. Y se entabló a través de la mirilla el siguiente diálogo rápido:

—¿Vive aquí don José Calvo Sotelo?

—Sí; pero el señor duerme.

—Que se levante. ¡Abra usted a la justicia!

No había terminado de girar el pestillo, cuando un empujón brutal del capitán Conde nos franqueó la entrada. Del interior de la casa llegó una voz virilmente serena:

—¿Qué pasa?

Y la «fraulein» que nos había abierto, temblándole las palabras, húmedas de llanto, replicó:

—No sé, señor. Aquí unos hombres preguntan por usted. Dicen que son la justicia.

—No es posible. La justicia, desde luego, no son. Que no entra nunca la justicia a empellones y con escándalo en un hogar respetable. Pero no importa. Páselos al despacho, que ahora salgo.

Un momento después, vestido a la ligera, con el natural desaliño que imponía lo insólito de la visita, apareció ante nosotros el ilustre hombre público. La serenidad, realmente majestuosa, del señor Calvo Sotelo se impuso desde el primer instante, y el propio capitán Conde Romero, tan decidido e impetuoso hasta aquel momento, quedó cohibido, capitidismuinido y como avergonzado y contrito en presencia de su víctima.

—¿Qué desean ustedes?

—Buscamos al señor Calvo Sotelo.

—Yo soy Calvo Sotelo.

—Tengo orden de «quien puede».

—Tengo orden de proceder a su detención.

—¿Orden de quién?

—De quien puede darla. Eso basta.

—Perdone usted; pero, legalmente, eso no basta. ¿Usted sabe que yo soy diputado y no puedo ser detenido a no ser que se me sorprenda en flagrante delito?

—Lo sé.

—¿Y a pesar de ello...?

—A pesar de ello, tengo orden de «quien puede» para detenerle a usted.

—Pero, ¿quién puede «poder» eso?

—¡Quien puede! Ya lo he dicho. ¡Vamos!



—No; no vamos aún. Ya veo que «quien puede» puede más que la ley, y que es inútil cuanto alegue para evitar esta arbitrariedad; pero, dado por sentado que voy a someterme a ella, a lo menos que tengo derecho es a comprobar la personalidad de usted y a cerciorarme de la autenticidad de esa orden. Voy a llamar por teléfono...

El capitán Conde, de un salto, se interpuso entre el señor Calvo Sotelo y el aparato de sobremesa, que arrancó de un bárbaro tirón.

—No; el teléfono no puede usted utilizarle. Abajo nos espera una camioneta con una sección de guardias de Asalto, para conducirle.

—¿Quién me garantiza que no se trata de una emboscada?

—Pregunte a la pareja encargada de su custodia.

Subió la pareja, que confirmó que en efecto, se trataba de uno de los coches de servicio en el llamado «retén de Pontejos», en el ministerio de la Gobernación. Conocían al chófer, conocían a sus compañeros, conocían al teniente que venía al mando de la sección...

—¿Usted quién es?

El capitán Conde exhibió su carnet.

—¿Capitán de la Guardia civil?

—Actualmente destinado a las tropas de Asalto. ¿Está usted ya convencido?

—¿Y viene usted de paisano?

—No he de explicarle ahora lo que corresponde exclusivamente a la conveniencia de los servicios. ¡Vamos!

Un grito como una arista metáli-

ca cruzó la estancia, para perderse en la noche por el balcón abierto. Y una mujer enloquecida de dolor se abrazó convulsa al señor Calvo Sotelo:

—¡No, no te vayas, Pepel! ¡No te dejaré ir! ¡Asesinos!

—El mártir separó dulcemente a su esposa:

—¡Qué cosas dices! ¡Bah! Tranquilízate, que esto no es nada.

La señora resignada, pero no convencida, se apartó de su esposo, y obedeciendo a una inspiración súbita se lanzó a otro teléfono instalado en el pasillo y que no habíamos advertido al entrar. Pero el jefe de mi escuadra comprendió rápido el intento, y agarrando con bestial brusquedad a la infeliz señora, la empujó—la tiró, mejor dicho—fuera del pasillo, al tiempo que gritaba:

—¡Eal no perdamos más tiempo en escenas estúpidas. ¡A terminar de una vez!

Subimos al coche. El teniente ocupó un lugar en el baquet, junto al conductor. Al detenido se le sentó en el penúltimo banco de la camioneta. En el último nos sentamos el jefe de mi escuadra y yo. El capitán Conde se aproximó al baquet y dió unas órdenes en voz baja. El señor Calvo Sotelo preguntó entonces:

—¡Ah! ¿Pero usted no viene?

—Sí. Ahora subo.

—Yo me confío a su caballerosidad.

Subió el capitán Conde, que se sentó a la izquierda del prisionero, y la camioneta arrancó rápida. Salió de la calle de Velázquez y subió



por la de Goya arriba, en dirección a las Ventas.

—«¡Verdugo!».—Se consumó la infamia.

Al darse cuenta de la dirección emprendida por el coche, don José Calvo Sotelo gritó:

—¿Qué es esto? ¿Dónde se me conduce?

—¡Ya lo verá usted luego!

—¡Ah! Eso, no. Yo necesito saber...

—¡Quietos! Y silencio.

—Esto no es una detención. Es un secuestro, y no ha de realizarse sino a viva fuerza.

Intentó incorporarse. El capitán Conde forcejeó con él y le conminó:

—¡Quietos y silencio, he dicho!

—¡Nol!

Sonó un disparo, y la voz angustiada del señor Calvo Sotelo profirió:

—¡Verdugo!

Sonó apagada la voz de la víctima y sin embargo a mí me estremeció como un clarínazo y me pareció que el eco de aquel «¡verdugo!» se prolongaba indefinidamente en el espacio y nos acompañaba a lo largo de nuestra vertiginosa carrera. Aún sonó otro disparo. ¡La infamia se había consumado!

—¡Levántense!—nos ordenó el capitán Conde. Y el cadáver ensangrentado fué empujado a patadas debajo del asiento que nosotros habíamos ocupado hasta entonces.

\* \* \*

Paramos. Estábamos en el Puente de las Ventas. Descendimos del coche el capitán Conde, el jefe de

mi escuadra y yo. El capitán ordenó al teniente:

—Ya sabes lo que hay que hacer ahora.

Yo no pude permanecer en silencio y dije:

—A mí esto me parece una barbaridad monstruosa y una insigne torpeza. Esto—y al decir «esto» no podía ocultar mi repugnancia—costará ¡muy caro!

—¡Bah!—dijo el capitán Conde—¿Mandándolo quien lo ha mandado? ¿Quién va a pedirle cuentas al jefe del Gobierno?

Y entonces yo recordando su frase de la cervecería, se la devolví con la violencia de un disparo.

—¡No faltará quién!

Eran las cuatro y media de la madrugada del día 13 de julio de 1936. No sé el tiempo que Dios me permitirá vivir aún, pero por muchos que sean los años que me resten de vida no olvidaré jamás esa fecha. ¡Aquel «¡verdugo!»...

\* \* \*

El capitán Fernando Condés—y no Conde, como figura en el interesantísimo reportaje transcrito—actuó en octubre de 1934, siendo teniente, en aquel ridículo conato de revolución desarrollada en Madrid por las mesnadas marxistas cuya nota más destacada fué la cobardía. Condés, cobarde también, intentó unos pinitos revolucionarios a favor de la horda roja. Capturado, fué condenado a reclusión perpetua y separado del Instituto de la Guardia civil, cuyo uniforme deshonoró.

Al usurpar el Poder en 1936 el fatídico Frente Popular, Condés,



como muchos otros patibularios, fué indultado. Se le rehabilitó y ascendió a capitán y este miserable, al servicio de otro sujeto de su calaña, el funesto Casares Quiroga, y por orden de éste, secuestró y asesinó al gran Patricio Calvo Sotelo.

El alevoso y cobarde asesino Condés Romero no sobrevivió mucho a su víctima. Poco tiempo después, en uno de los frentes de Madrid, fué herido de gravedad y según una conversación radiofónica que oímos por nuestro aparato receptor, sostenida por Indalecio Prieto desde Madrid con una hija suya, residente a la sazón en su feudo de Bilbao, el criminal Condés murió en un hospital de sangre de Madrid.

Una certera y justiciera bala del Ejército de España, vengó en aquel ruin asesino su execrable crimen.

## Represión de la blasfemia y la difamación

*Orden Circular del Ministerio del Interior de 11 de julio de 1938 (B. O. núm. 11).*

En la invocación a los deberes individuales que el Estado nuevo tiene que formular, ocupa lugar digno de atención cuanto concierne al uso y dignidad del lenguaje, don divino del hombre, merced al cual hallan realización externa los más altos valores espirituales.

Tiene la Gramática una parte moral que se refiere al bien hablar en el sentido material o de contenido de la expresión; y es claro que, en cuanto tales normas son mercedoras de garantía por el Poder público, afectan al orden jurídico y constituyen materia de orden gubernativo.

Independientemente de los preceptos que se recogen en las leyes penales, los Gobernadores Civiles vienen obligados, por disposición del artículo 22 de la ley de 29 de agosto de 1882, a reprimir los actos contrarios a la moral y a la decencia pública, con lo que cae dentro de la esfera de sus atribuciones la vigilancia y la sanción de cuantas expresiones orales se viertan en lugares públicos y a las que pueda aplicarse aquella calificación. Es decir, incumbe a la Autoridad gubernativa la persecución de la maledicencia.

Dos manifestaciones de ella tienen entre nuestro pueblo señalado relieve. Es la una la blasfemia, proferida en injuria de Dios o de los Santos. Es la otra la difamación de las personas, ya sean autoridades o particulares, ora se dirija contra individuos o contra colectividades. Y aunque su represión penal se halla en parte condicionada por la libre voluntad del ofendido, es procedente que la represión gubernativa se verifique también de oficio, ya que es de interés público el evitar los daños que a la colectividad sobrevienen cuando se menoscaba la honra y la fama de sus miembros.

Encarezco, pues, a los Gobernadores Civiles que en la represión de estas dos lacras sociales—la blasfemia y la difamación—pongan especial cuidado y atención, sancionando con las medidas que la ley autoriza cuantos actos de esa índole lleguen a su conocimiento.

## Habilitaciones

Para ejercer el empleo de Capitán a los Tenientes don Luis Torres Ramos, don Francisco Martínez Gallo, don Marcelino Cañadas Santaella y don Germán Sánchez Montoya.

Para el de Comandante al Capitán don Luis Canis Matute.



## JUSTICIA

# Reforma del Código Penal

**Ley de 5 de julio de 1938, (B. O. núm. 7)**

La ley que a continuación se promulga, es de las que no requieren explicación ni justificación, porque es la propia realidad la que la impone y la dicta. De ello dan testimonio bien expresivo las leyes penales de la casi totalidad de las naciones, incluso de las que creen decorarse con el título de democráticas.

Por un sentimentalismo de notoria falsía y que no se compagina con la seriedad de un Estado fuerte y justiciero, fué cercenada la «Escala general de penas», eliminándose de ella en el Código Penal de la nefasta República, la de muerte. Por la presente ley se restaura en su integridad la susodicha escala y se prevé la aplicación de dicha pena a casos gravísimos, sin perjuicio de las modificaciones que habrán de introducirse muy en breve en la ordenación de la legislación penal del nuevo Estado español.

En consecuencia, y previa deliberación del Consejo de Ministros,

**DISPONGO:**

Artículo primero. El artículo 27 del Código Penal común, queda redactado en esta forma:

«Las penas que se pueden imponer con arreglo a este Código y sus diferentes clases, son las que comprende la siguiente

Escala general.—Penas graves: muerte, reclusión mayor, reclusión menor, presidio mayor, prisión mayor, presidio menor, prisión menor, arresto mayor, extrañamiento, confinamiento, destierro, reprensión pública, inhabilitación absoluta, inhabilitación especial para cargo público, derecho de sufragio activo y pasivo, profesión u oficio,

suspensión de cargo público, derecho de sufragio activo y pasivo, profesión u oficio.

Penas leves: arresto menor, reprensión privada, penas comunes a las dos clases anteriores, multa, caución.

Penas accesorias: interdicción civil, pérdida o comiso de los instrumentos y efectos del delito.»

Artículo segundo. Sin perjuicio de las disposiciones legales que agravan las sanciones determinadas en los títulos primero, segundo y tercero del Libro segundo del Código penal común, se establecen las siguientes normas:

a) El delito definido en el artículo 411 de aquel Cuerpo legal, será castigado con la pena de reclusión mayor en su grado máximo a muerte.

b) Los delitos definidos en los artículos 412 y 494, número primero del mismo, serán castigados con la pena de reclusión mayor a muerte.

Artículo tercero. Las leyes de 11 de octubre de 1934 y 20 de junio de 1935, continúan en vigor.

Así lo dispongo por la presente ley, dada en Burgos a 5 de julio de 1938.—El Año Triunfal.

**FRANCISCO FRANCO**

*Transcribimos a continuación los artículos del Código Penal común, a que hace referencia la ley anteriormente transcrita.*

411. El que matare a su padre, madre o hijo, o a cualquiera otro de sus ascendientes o descendientes legítimos o ilegítimos, o a su cónyuge, será castigado como parricida con la pena de reclusión mayor.

412. Es reo de asesinato el que, sin es-



tar comprendido en el artículo anterior matar a alguna persona concurriendo alguna de las circunstancias siguientes:

- 1.º Con alevosía.
- 2.º Por precio o promesa remuneratoria.
- 3.º Por medio de inundación, incendio o veneno.
- 4.º Con ensañamiento, aumentando deliberada e inhumanamente el dolor del ofendido.

El reo de asesinato será castigado con la pena de reclusión menor en su grado máximo a reclusión mayor.

494. El culpable de robo con violencia o intimidación en las personas, será castigado:

- 1.º Con la pena de reclusión menor en su grado máximo a reclusión mayor, cuando con motivo o con ocasión del robo resultare homicidio.

*Y reproducimos, seguidamente, la ley de 11 de octubre de 1934, tal como en virtud de las modificaciones introducidas en la misma por la de 20 de junio de 1935, a las cuales hace referencia la ley promulgada por el Jefe del nuevo Estado quedó redactada.*

Artículo primero. El que con propósito de perturbar el orden público, de atemorizar a los habitantes de una población o a clases o sectores determinados de la misma, o de realizar venganzas o represalias de carácter social o político, utilizara sustancias explosivas o inflamables o armas que normalmente sean susceptibles de causar daño grave en la vida o en la integridad de las personas o cualquier otro medio o artificio para producir graves daños, originar accidentes ferroviarios o de otros medios de locomoción o de comunicación aérea, marítima o terrestre, será castigado:

- 1.º Con la pena de reclusión mayor en su grado máximo a muerte, cuando resulta-

re alguna persona muerta o con lesiones de las que define y sanciona el artículo 423 del Código penal en los números primero y segundo.

2.º Con la de reclusión mayor si de resultas del hecho hubiera quedado alguna persona lesionada con las características definidas en el artículo 423 o hubiere riesgo inminente de que sufrieran lesiones varias personas reunidas en el sitio en que el estrago se produjera.

3.º Con la de presidio menor a presidio mayor cuando fuera cualquiera otro el efecto producido por el delito o cuando colocados o empleados los explosivos o materias inflamables con los propósitos a que se refiere el párrafo primero de este artículo, la explosión o el incendio no llegara a producirse.

Las penas señaladas en los tres apartados precedentes, se impondrán en el grado máximo, salvo cuando concorra alguna circunstancia atenuante de las expresadas en el artículo 9.º del Código penal, con excepción de las análogas del último número del mismo.

Artículo segundo. El que fabricare, tuviere o transportare sin la autorización debida materias explosivas o inflamables o poseyéndolas legítimamente las expendiere o facilitare sin suficientes previas garantías a individuos o asociaciones que luego las emplearen para cometer los delitos anteriormente descritos, será castigado con la pena de presidio menor en sus grados mínimo y medio, a menos de que la infracción en la venta se debiera a error y no a propósito de contribuir a un daño.

Artículo tercero. La pública provocación a la comisión de estos delitos, su apología oral o escrita y la de sus autores, será castigada con la pena de prisión menor.

Artículo cuarto. El que formare parte



de una asociación o colectividad organizada o interviniera en una conspiración que tuviere por objeto cometer los delitos previstos en el artículo 1.º, será castigado con la pena de prisión menor.

Artículo quinto. El robo con violencia o intimidación en las personas ejecutado por dos o más malhechores, cuando alguno de ellos llevase armas y del hecho resultase homicidio o lesiones de las a que se refiere el número 1.º del artículo 1.º de esta ley, será castigado con la pena de reclusión mayor a muerte.

Cuando resultaren víctimas con lesiones graves comprendidas en los números 3.º y siguientes del artículo 423 del Código penal, el Tribunal, teniendo en cuenta la alarma producida, el estado de alteración del orden público que pudiera existir cuando el hecho se realizare, los antecedentes de los delincuentes y las demás circunstancias que hubieran podido influir en el propósito criminal, podrá aplicar la pena de reclusión mayor o las que respectivamente establece el artículo 494 del vigente Código penal.

Los delitos comprendidos en este artículo quedarán consumados cuando se produzca el resultado lesivo para la vida o la integridad física de las personas que al definir cada uno de ellos se mencionan, aunque no se hayan perfeccionado los actos contra la propiedad, aludidos en las correspondientes definiciones delictivas.

Artículo sexto. El conocimiento de las causas por los delitos a que esta ley se refiere, corresponderá a los Tribunales de Derecho de la jurisdicción ordinaria, salvo el caso de declaración del estado de guerra en que se estará a lo dispuesto en la ley de Orden público, siguiéndose en su tramitación el procedimiento establecido en los artículos 68 y siguientes de la referida

ley, aun cuando no estén declarados el estado de prevención o alarma.

Será de aplicación en su caso lo prevenido en los artículos 145 y 147 de la ley de Enjuiciamiento criminal. Si en los supuestos a que se refieren esos preceptos el procesado o procesados no designasen abogado defensor o renunciaren al designado y fuera preciso el nombramiento de oficio, éste sólo podrá recaer en letrados que lleven más de diez años en el ejercicio de la profesión y paguen cuota igual o superior a la fija.

Para la ejecución de las penas no reguladas en las leyes vigentes, se considera que se hallan en vigor los artículos 102 al 105 del Código penal de 1870 y reforma de 9 de abril de 1900.

Quedan totalmente derogadas cuantas disposiciones se opongan a la aplicación de la presente ley.

## Medalla de Sufrimientos por la Patria

Por las disposiciones que se citan, se concede esta condecoración, con las pensiones que se expresan, al personal del Cuerpo que se relaciona a continuación:

*Orden de 14 de junio de 1938 (B. O. 607)*

Guardias: don Julián Andrés Caballero, de la Comandancia de Salamanca; don Abundio García Alonso, de la de Burgos, y don Gaspar Casi Suso, de la de Alava, pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas.

*Orden de 14 de junio de 1938 (B. O. 609)*

Comandante don Juan Jiménez Castellanos y Casaleiz, herido siendo Capitán en Córdoba, sin pensión, por renuncia expresa del interesado en beneficio del Tesoro.

Capitán de la Comandancia de Zaragoza don Jesús Baldovín López, herido grave



en el frente de Aragón el 19 de octubre. pensión de 15 pesetas diarias desde la fecha en que fué herido hasta la de su alta e indemnización de 4.500 pesetas.

Capitán de la Comandancia de Alava, don José Rodríguez y Rodríguez, herido en el frente de Aragón el 18 de enero de 1938; sin pensión por renuncia expresa del interesado en beneficio del Tesoro, y

Teniente de la Comandancia de Oviedo, don Juan Díaz Ramírez, herido grave en el frente de Asturias el día 19 de julio de 1936; pensión de 1.890 pesetas correspondientes a 126 días de curación e indemnización de 3.000 pesetas.

*Orden de 24 de junio de 1938 (B. O. 616)*

Comandante don Pedro Sáez de Sicilia y Morales, herido grave siendo Capitán en el frente de Guadalajara. Debe percibir la pensión de 6.345 pesetas correspondientes a 423 días de curación y la indemnización de 4.500 pesetas.

*Orden de 21 de junio de 1938 (B. O. 3)*

Capitán de la Comandancia de Santa Cruz de Tenerife, don Gonzalo Fernández Hernández, herido grave en el frente de Aragón el 2 de septiembre de 1937. Debe percibir la pensión de 3.165 pesetas correspondiente a 211 días de curación y la indemnización de 3.000 pesetas.

Teniente de la Comandancia de Marruecos, don Joaquín Fernández Muñoz, herido grave en el frente de Aragón el día 10 de febrero de 1938. Debe percibir la pensión de 1.230 pesetas correspondiente a 82 días de curación y la indemnización de 3.000 pesetas.

Alférez de la Comandancia de Teruel, don Nicolás Plá Argudo, herido grave en el frente de Aragón el día 25 de agosto de 1937. Debe percibir la pensión de 630

pesetas correspondientes a 42 días de curación e indemnización de 1.200 pesetas.

*Orden de 22 de junio de 1938 (B. O. 4)*

Guardias de la Comandancia de Oviedo, don Manuel Postigo García, don David López García y don Wenceslao Rodríguez Fernández, heridos en el frente de Asturias el 23 de febrero de 1937, el 12 de octubre y el 6 de octubre de 1936, respectivamente, pensión vitalicia mensual de 12,50 pesetas.

## ROGAMOS

*encarecidamente a los señores suscriptores que tengan sin abonar la suscripción de los meses anteriores al actual, se sirvan girarnos a la mayor brevedad el importe de las mismas.*

*Agradeceríamos también, dada la difícil situación económica que estamos atravesando, nos hagan también abono de la suscripción correspondiente al tercer trimestre (julio, agosto y septiembre), sin esperar la recepción del recibo que teníamos anunciado, el cual mandaremos, como ya lo estamos efectuando a algunas Comandancias, a medida que los vayamos despachando.*

## Condecoraciones

Por orden de 30 de junio (B. O. número 5) se autoriza al guardia de la Comandancia de Marruecos, don Pedro Castillo Teja, para usar sobre el uniforme la Medalla de bronce de la Orden Mehdania, de que se halla en posesión.

—Por Orden de 6 de julio (B. O. número 9) se autoriza al guardia don Andrés Morales López, con destino en la Mejaznia Marroquí, para usar sobre el uniforme la Medalla de plata de la Orden Mehdania, de la que se halla en posesión.



# CESARON TUS TORTURAS

¡Castellón de la Plana!  
¡Compendio de atracciones!  
Tú, la ciudad lozana  
de ricas producciones.

Tras de borrascas duras  
ciudad idolatrada,  
hoy cres libertada,  
*cesaron tus torturas.*

Levanta la cabeza,  
¡cese tu abatimiento!  
desecha la tristeza  
y horrible sufrimiento.

No ignoro cuán huraños  
fueron en tí los días;  
los muchos desengaños  
que transcurrir verías.

Comprendo tus dolores,  
tus múltiples siniestros  
que monstruos invasores  
a nobles hijos nuestros,

sin reparar en nada  
les dieron muerte perra;  
mas ya ha sido vengada  
la ofensa que a tu tierra,

la podredumbre insana  
de mil pueblos venida,  
Castellón de la Plana,  
¡te dejó empobrecida!...

Pero escucha y olvida:  
(España te está hablando)  
esta nueva y fornida  
que Franco está forjando.

En apretado abrazo  
vuelves al patrio seno;  
reposa en mi regazo  
amoroso y sereno.

A esos tus moradores  
espectros y harapientos,  
nuestros batalladores  
premian con alimentos.

La caridad de España  
sigue imperecedera,  
haciendo la campaña  
alegre y llevadera.

Te encuentras a mi vera  
¡arrancado del lodol!  
y luces, ante todo,  
la gloriosa Bandera.

Esa que su carrera  
contener nadie pudo,  
porque ostenta altanera  
un león por escudo.

Porque en su paño exhibe  
sangre de inmensa gloria,  
y entre sus pliegues vive  
nuestra sagrada historia.

Castellón de la Plana,  
(hoy al ruso extraída)  
por la Unidad Hispana,  
con la diestra extendida,

saluda reverente;  
que ya las puras cosas  
palpitan en tu mente  
invictas y grandiosas.

En horas victoriosas,  
tras de batallas duras,  
venciendo las sinuosas  
jornadas de amarguras,

cayeron las impuras  
legiones de lebreles,  
cesando tus torturas  
inicuas y crueles.

.....

Colmada hoy de laureles  
divísase tu frente;  
la brisa nuevamente  
te llega a acariciar;

hay en tus calles rosas  
y colgaduras bellas,  
y hay en el cielo estrellas



¡reflejos en el mar!

Las gentes enlutadas  
comentan su pasado;  
el muro derrocado  
de Santa Catedral,  
nos dice en su mutismo  
cuán grande fué el calvario  
que impuso al vecindario  
la bestia irracional.

¡Cesaron tus torturas!...  
¡Prepárate a la vida!  
olvida, pueblo, olvida  
abatimiento tal,  
y ten siempre entendido  
(pues es inconfundible)  
¡que España es invencible!  
¡Que España es inmortal!!

R. GARCIA

Oviedo y junio de 1938.

II Año Triunfal.

## PENSIONES

En relación inserta en el *Boletín Oficial del Estado*, número 608, correspondiente al 22 de junio, figuran las siguientes, causadas por personal del Instituto:

Doña Manuela Cariz Castelo, viuda del Teniente don Eduardo Freijo Celcero, 1.000 pesetas anuales; doña Consuelo Vaca Guadalupe, viuda del Coronel don Santiago Becerra y Abadía, 3.250 id., id.; doña Angela de Pablos Casado, viuda del Brigada don Amancio Muñoz Vela, 1.000 idem, id.; doña Isidra Collado López, viuda del Brigada don Jeremías Juan Luengo, 1.800 id., id.; doña Rosario Postigo Raudó, viuda del guardia don Federico Domínguez García, el 50 por 100 del sueldo del causante, excluidas las gratificaciones que éste disfrutase, y doña María Vela Gutiérrez, viuda del corneta don Encarnación Peña Vera, el 25 por 100 del sueldo, excluida la gratificación.

En relación publicada en el *Boletín Ofi-*

*cial* número 4, de 4 de julio de 1938, se insertan las que siguen:

Doña Domitila González Ordóñez, viuda del Sargento don Julián Fernández González, 405 pesetas anuales; doña Manuela Pascual Gutiérrez, viuda del Alférez don Dimas Pardal de Ana, 1.000 idem, id.; doña Ramona Omedes Carabí, viuda del Alférez don Ramón Roselló Torres y doña Candelaria Puertas Fernández, viuda del guardia don Antonio Bolívar Madrid, el 50 por 100 del sueldo de los respectivos causantes, excluidas las gratificaciones que éstos disfrutasen.

## Ingresos en el Cuerpo

### Comandancia de Marruecos.- Personal indígena

*Instrucciones para el reclutamiento de dicho personal, dictadas por la Inspección General de la Guardia Civil con fecha 18 de junio (B. O. núm. 2 de 2 de julio de 1938)*

La fuerza de este Cuerpo, por lo que a personal indígena se refiere, procederá:

*Primera.*—De las clases y soldados de las Fuerzas indígenas de la Nación protectora, Mejaznía Marroquí y Fuerzas Jalfianas que cuenten tres años de servicio, por lo menos, y sin nota alguna desfavorable.

*Segunda.*—De los indígenas licenciados de las Fuerzas citadas, que reunan las condiciones de la regla anterior.

*Tercera.*—Será condición indispensable para poder solicitar el ingreso, la de ser súbdito español.

Las solicitudes de ingreso serán dirigidas al Excmo. Sr. Inspector General de la Guardia Civil (Valladolid), debidamente informadas por los Jefes de los Cuerpos en que presten sus servicios los peticionarios, para los que se encuentren en activo servicio. Los que se encuentren licenciados, las remitirán por conducto de los Cuerpos en que obren sus documentos personales.

Será requisito indispensable, para ingresar, el correspondiente reconocimiento facultativo por el que se acredite no padecer enfermedad ni defecto alguno.



La talla será de 1,677 metros para todo el personal incluído en las reglas anteriores.

Edad para solicitar el ingreso: de 22 a 30 años, aproximadamente.

#### *Sueldos (mensuales).*

Guardias, 160 pesetas.

Estos devengos se incrementarán en 4,50, 7,50 y 10 pesetas mensuales, a los tres, seis y nueve años de servicio activo, respectivamente, en concepto de premios de constancia.

Para adquisición, por una sola vez, de la primera puesta de vestuario, calzado, equipo, correajes y prendas de abrigo, a razón de 350 pesetas por plaza.

Disfrutarán anualmente de una gratificación de 175,70 pesetas cada uno, para vestuario, equipo, armamento, alumbrado, medicamentos y otras atenciones, cuyas cantidades serán administradas por la Mayoría de la Comandancia.

#### *Documentos necesarios para solicitar el ingreso.*

Instancia debidamente reintegrada.

Media filiación expedida por el Jefe del Cuerpo en que preste o haya prestado sus servicios el aspirante.

Copia certificada de la hoja de castigos.

Certificado de servicios militares o licencia si estuviera separado de filas.

Los que sean hijos de Oficiales o Sargentos moros, copia del nombramiento del padre.

Los que posean títulos académicos, copia certificada de los mismos.

Tendrán derecho preferente para ingreso:

Los condecorados con la Cruz Laureada

## **Aviso a los suscriptores**

### **Cambio de residencia**

*Se ruega a los señores suscriptores, que al comunicarnos su traslado o cambio de residencia, consignan la que anteriormente tenían, cuyo dato nos es imprescindible para efectuar las anotaciones de alta y baja en nuestras relaciones.*

de San Fernando, Medalla Militar, heridos de la campaña anterior y actual, los que posean títulos académicos y los que sepan leer y escribir correctamente el castellano.

El plazo de admisión de las instancias, caducará a los treinta días siguientes al de la publicación en el Boletín Oficial del Estado, de este concurso, dándose por no recibidas las que no hayan tenido entrada en la Inspección General dentro del quinto día después de finalizado el plazo.

## **Movimiento de personal**

### **DESTINOS**

Comandante, don Miguel de la Vega Mohedano, de Ayudante del General del Instituto don Agustín Piñol Riera.

Tenientes, don Francisco Delarno Barahona, al Campo de Concentración de León; don Gregorio Pedruelo Arteaga, al Batallón de Trabajadores número 138, y don Cecilio Lupiáñez Pérez a disposición del General Jefe del Ejército del Sur.

Alférez retirado don José Cruz López, a disposición del General jefe de la 7.ª Región militar, para un Batallón de Orden Público.

Subtenientes, don Manuel Haro Ruiz y don Adolfo del Moral Revilla, y Brigada don David Barriuso Velasco, a disposición del Coronel Inspector de los Campos de Concentración de prisioneros.

Alféreces, don Antonio Sanz Domingo, don Juan Vara Arias y don Antonio Carbonell Herrera, a igual destino.

Subtenientes retirados, don Pedro Rubert Arbones y don Juan Sánchez Liébanas, al mismo destino.

Teniente Coronel don Florentino González Valles, de la Comandancia de Santander a la de Pontevedra.

### **ASCENSOS**

Por Orden de 2 de julio (B. O. número 10) se asciende a Sargento por antigüedad a los Cabos don José Díaz Español, don Liberato del Olmo Fernández y don Gerásimo García García.

Imprenta de la Librería Moderna.—Santander



# A los señores suscriptores de LA BENEMERITA

## Normas para el pago de la suscripción

Para la buena marcha y puntual salida de nuestra revista, precisamos que nuestros compañeros nos hagan el para nosotros señaladísimo favor de efectuar sus giros con la mayor puntualidad.

Nuestra situación económica después del insaciable expolio rojo, es verdaderamente precaria.

Nuestros suscriptores pueden hacer los giros por los meses que deseen, siendo conveniente que la cantidad mínima que se gire sea de tres pesetas. Todos los giros de un mismo puesto pueden hacerse en una misma libranza, para evitar mayores gastos.

Para la mayor claridad y exactitud en la anotación y abono de giros es *imprescindible* que se nos remita el adjunto boletín de **aviso de giro** que puede sernos enviado en sobre abierto, franqueado con **dos céntimos** a la siguiente dirección:

Impresos

**Sr. Director de LA BENEMÉRITA**

Apartado de Correos número 106

SANTANDER

**Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.**

El giro debe hacerse a nombre de **Jenaro G. Geijo**, apartado 106.—**Santander.** *En el boletín de aviso de giro no deben escribirse otros datos que los indispensables para llenarlo.*

---

### BOLETÍN DE AVISO DE GIRO

El suscriptor de LA BENEMÉRITA, D. ....

....., perteneciente a la Comandancia de ..... y con destino actualmente en el puesto de ..... provincia de ..... gira con esta fecha a don Jenaro G. Geijo, giro postal núm. .... ptas. .... para el pago de la suscripción de los meses ..... de ..... de 1938.

NOTA.—De este giro se enviará recibo al interesado directamente.



